



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la ordenación sacerdotal de
Dariel Fong Pérez y Frankis Manuel Pompa Romero**

**S.M.I. Catedral de La Habana
29 de junio de 2013.**

Queridos hermanos y hermanas, queridos hijos llamados por Cristo Jesús a ser incorporados al Orden de los Presbíteros.

Del mismo modo que a Pedro y a Pablo, celebrados hoy por la Iglesia como columnas fundantes del Templo vivo de Dios en el mundo, integrado y estructurado por todos y cada uno de los fieles católicos, ustedes, queridos Dariel y Frankis, han sido llamados por Jesús a su seguimiento para ejercer el sacerdocio cristiano como ministros de la Nueva Alianza. Estos dos apóstoles se alzan ante ustedes hoy como modelos a seguir en su respuesta al Señor.

Pero hay algo en el llamado de Pedro y Pablo que lo hace exclusivo para cada uno de ellos en varios aspectos y no nos llama el Señor a imitarlos, en lo que tiene de singular y personal su vocación. Así Pablo se ve convocado súbitamente por Cristo mismo: Palabra fuerte y luz deslumbrante lo llevan a transformar su vida, sin que sea sólo el modo impactante en que se produce su conversión, lo que hace singular su vinculación a Cristo como apóstol, sino el papel fundante que le confía el mismo Señor. Dirá Pablo: “Yo no he recibido el evangelio de hombre alguno, sino del mismo Cristo”, pues se le concedió al Apóstol de los gentiles que, por la acción del Espíritu Santo, descubriera en Jesús su relación íntima con Dios Padre y lo extraordinario de la misión salvadora del Hijo, penetrando de forma luminosa en el misterio pascual de Cristo, para derivar admirablemente su evangelio, su mensaje, tanto para los judíos como para los paganos, de la muerte y resurrección del Señor. Sí, Pablo fue realmente fundante en el aspecto doctrinal y trazó con meridiana claridad los perfiles de la Iglesia naciente.

Es imposible, pues, que el Señor nos pida que imitemos esta trayectoria espiritual propia del Apóstol de las naciones. Pero el Nuevo Testamento nos presenta también las facetas de Pablo discípulo del Señor, que nos inspiran en nuestro seguimiento de Jesús. Se da en Pablo un amor incondicional al Señor, “para mí la vida es Cristo”, “todo lo estimo pérdida con tal de ganar a Cristo”, y el ardor misionero que nace de su unión con Jesús y con sus padecimientos, “me hago todo a todos con tal de ganar a algunos”, “Ay de mí, si no anuncio el evangelio”, es movilizador de nuestra conciencia cristiana.

En su comunión con Cristo muerto y resucitado, en su pasión evangelizadora, Pablo es un modelo para todo cristiano, pero muy especialmente para el sacerdote de Cristo, que ha de hacer de su unión a Jesús, por medio de la oración asidua y de la celebración cotidiana de la Eucaristía, la fuente de su entusiasmo pastoral, de su indispensable quehacer misionero.

Como sucede en Pablo, la figura de Pedro, que domina el panorama de esta solemnidad, aparece con una misión exclusiva entre los doce apóstoles. Hemos contemplado en la lectura evangélica la escena familiar de Cesarea de Filipo donde Jesús pone a los apóstoles la pregunta comprometedor sobre su propia identidad: “y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”. Allí escuchó a Pedro responder en nombre de los doce: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” y Jesús le confía a Pedro de modo especial su Iglesia, le da las llaves, como quien entrega a alguien su casa, y hace de él un apóstol único entre los doce, que tendrá la primacía del grupo. Esta misión de Pedro no la recibe sino él y aquellos que desde la Sede de Roma lo seguirán en el ministerio que es propio de sus sucesores, del Papa. Sólo el obispo de Roma debe seguirle en esta misión. Pero Pedro, como apóstol de Jesús, se convierte para todo obispo, para todo sacerdote, en fuente de inspiración y modelo para su ministerio.

Vayamos a encontrarlo repasando las redes, junto al lago de Galilea. Por allí pasó tempranamente Jesús a invitarlo con una sola palabra, quizás también con un gesto y una mirada: “Sígueme”, y dejándolo todo lo siguieron. Pedro, como Santiago y como Juan, siguió a Jesús desde ese primer llamado. Y a cada uno de nosotros esta escena nos remite a un lugar: a donde hicimos un retiro espiritual o una convivencia de adolescentes, o a una persona, o a un catequista, al Padre con quien me confesaba, o a una palabra que alguien me dirigió. Pedro fue modelo de decisión en la respuesta. Seguir a Jesús es dejar, siempre dejar, como ustedes han debido hacerlo y seguir haciéndolo. Por eso están aquí hoy ante su obispo, verificando su respuesta definitiva.

Pero Pedro no es apóstol de una escena única ni de una palabra aislada en el Evangelio. Sus intervenciones, su incompreensión del sufrimiento que Jesús debía padecer, nos revelan al mismo tiempo su amor al Maestro y sus límites. Aquí, no es imitable, pero se convierte en un espejo donde nos vemos reflejados nosotros en distintos momentos de nuestro recorrido vocacional: también nosotros hemos tenido miedo al sacrificio y, aún sintiendo que queremos a Jesús, nos ha costado aceptar ciertas cosas. Pedro está siempre pronto a entusiasmarse, a sentirse satisfecho, como en lo alto del Tabor, cuando Jesús se transfiguró y Pedro se apresuró a decir lo bien que se sentía y que debían construir tres chozas y quedarse allí. El evangelista dice que Pedro no sabía lo que decía... Cuidado con los entusiasmos transitorios, con las etapas de nuestra vida sacerdotal donde nos sentimos consolados por buenos resultados pastorales o porque nuestra oración se ha hecho menos difícil y más sentida...

Recuerden que el monte de la transfiguración no es nuestro estado habitual. Dios nos regala a veces momentos de serenidad y consolación, pero pronto debemos volver a la lucha. Será la misma voz del Señor, hablando por los acontecimientos, por nuestro obispo, o en nuestro corazón, quien nos recuerde que debemos continuar el camino trabajoso de ascenso, acompañados por Jesús, que nos insiste en que la Cruz es insoslayable. Será entonces el sacerdote que ama a Jesús, que vive conscientemente lo sagrado de su ministerio y está dispuesto a seguir entregando su vida por el Señor y su evangelio, quien pueda como Pedro, caer o decaer en su fidelidad a Cristo, como sucedió en la noche trágica del juicio de Jesús, cuando el canto del gallo le recordó a Pedro que el Maestro le había dicho que podría fallar. Esto puede sucederle a un sacerdote bueno y celoso, que esquivo tal vez un momento doloroso donde se hace presente la Cruz, y tendrá también, como Pedro, y quizás más de una vez, que llorar y levantarse hasta que se produzca en su vida ese encuentro definitivo con Cristo resucitado en el que El le volverá a preguntar por el amor

¿Me amas, Pedro? Y ésta no es una pregunta dirigida a Pedro en razón de su primado, no está dirigida al Vicario de Cristo, al primer Papa, Jesús está hablando simplemente al Pastor. En este diálogo me habla a mí, les habla a ustedes, a todos aquellos que deben cuidar del rebaño del único y buen Pastor que es Cristo Jesús. En este Pedro nos miramos todos, y esta última y definitiva conversación de Pedro con Jesús, se convierte en la premisa indispensable de toda vida sacerdotal ¿Me amas, Dariel? ¿Me amas, Frankis?, les pregunta Jesús, y la respuesta de Pedro se hace ahora modélica: Pedro no responde con suficiencia ni entusiasmos fáciles, y así deben responder ustedes, así debemos responder cada uno de nosotros: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”.

Ese es el verdadero amor a Jesús, el que reconoce que Jesús nos ama a pesar de nuestras debilidades, y nuestra respuesta, no de vencedores, sino de vencidos por el amor, será además la condición indispensable para que Jesús nos encargue su rebaño: apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.

Recuerden, queridos hijos, su ministerio no depende tanto de los planes pastorales, de los proyectos personales que les parezcan muy buenos, sino del triunfo en sus corazones del amor a Jesús, de un amor lleno de límites e imperfecciones, pero que es el único proyecto de su vida. De la unión amorosa con Cristo dependen la fidelidad en su sacerdocio y los frutos de su ministerio.

Y esta unión con Cristo se da en la oración, sobre todo en la Celebración de la Santa Eucaristía. Cada día ustedes repetirán “esto es mi cuerpo entregado por vosotros, ésta es mi sangre derramada por muchos”, y sentirán que la voz de Jesús pasa por su voz y que la entrega de Jesús los arrastra a su propia entrega, comprenderán vivencialmente así qué cosa es actuar “in persona Christi”.

De esta certeza de fe brota la estabilidad espiritual, pastoral y aún emocional del sacerdote, que se sabe instrumento dócil y consciente en manos del Señor. Este es el amor concreto a Jesús, el que permite al pastor ser fiel y constante en apacentar el rebaño de Cristo que se le ha confiado, lo cual incluye salir a buscar la oveja perdida y cuidar de las débiles, o sea ser en verdad el discípulo misionero del Señor que la Iglesia en Cuba espera y necesita de sus sacerdotes.

Queridos Dariel y Frankis, a nuestra Madre de la Caridad, confío su ministerio, que ella cuide de ustedes y los guarde amorosamente unidos a Jesucristo el Señor.

Así sea.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2013©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original